

INTEGRACION IMPERIALISTA, FUERZAS ARMADAS Y ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA

Jorge CARRIÓN

"No hay ley para juzgar lo que no tiene leyes, o canon que pueda servir para criticar un sueño".

Charles Lamb.

En su Primer Mensaje Presidencial ante el Congreso Pleno, Salvador Allende decía: "...Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una nueva manera de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada..." Si estas palabras surgieron de un sueño, no habría canon para entender cómo, de pronto, la irracionalidad burguesa, armada hasta las fauces, iracunda y genocida, impuso en Chile el imperio de la no ley, paralizante de un juicio certero —no arrebató emocional— del golpe militar de estado.

Comencemos por el sueño. ¿Quería decir Allende que la manera nueva de iniciar y construir la sociedad socialista eliminaba a, o era antagónica de aquélla que según los clásicos marxistas exige *a fortiori* un lapso de dictadura del proletariado? Sin duda no. En la confianza de Allende reside, implícitamente, el hecho de que aun dentro del

pluralismo democrático, en determinadas condiciones, al parecer concretadas en Chile, el vuelco de la dominación podía ser favorable ya no a la minoría detentadora de la riqueza, sino a las mayorías productivas, socializadas por el proceso del capitalismo. Esto en sí, aunque se trate de un primer paso, la toma del gobierno, conducente a la posesión del poder —con pluralismo o sin él—, significa en esencia, bajo la costra apariencial, dictadura de la mayoría. Ésta abarca 1) la totalidad de intereses de los productores auténticos; y 2) la particularidad de otros intereses en doble sentido: primero, hasta donde éstos no amenacen en lo inmediato el dominio de la clase revolucionaria, y segundo, englobándolos en un proceso que al disolver tal particularidad otorga un nuevo sentido histórico y mayor amplitud libertaria, más concreta, a los intereses de las minorías resurrectas, por negación de la negación, en otra distinta categoría históricosocial.

En Chile, bajo el gobierno de la Unidad Popular, ¿hubo un vuelco de la dominación de la minoría hacia las mayorías y, por lo tanto, el embrión de la dictadura del proletariado que bajo su guante cubriera la mano conductora de la sociedad hacia una etapa de mayor libertad para todos los hombres? O ¿habría simplemente un reformismo, la acentuación del monopolio capitalista de estado sin que éste se orientara hacia la revolución?

El golpe de estado de septiembre prueba que estas preguntas, cuando pretenden categóricas respuestas afirmativas o negativas, no sustentadas en un examen minucioso y profundo de la complejidad chilena, son tan pendulares y simplistas como las que *a posteriori* plantean la posibilidad o imposibilidad de la vía pacífica de transición al socialismo. Como lo son, aunque contrarias iguales en su radicular espontaneísmo, las respuestas fiadas en que armar a las mayorías del pueblo, sin previo desarme del aparato ideológico y rearme de una complicada, minuciosa, paciente organización revolucionaria, son el abracadabra para conseguir el cambio de una formación económico-social a otra. En estos momentos, pura petulancia, presunción vana sería erigirse en juez o fiscal de un proceso aplastado a sangre y fuego. Petulancia cuya añadidura sería caer en el saco del más repugnante sentimiento: la conmiseración. En su continente de buenos propósitos, luctuosas manifestaciones, ayes de dolor, se esconde siempre la soberbia de quien en sus entresijos se regocija: "lo deploro; por eso lo dijimos, el camino es el nuestro".

La tarea urgente, tanto más premiosa cuanto más complejo y oscurecido aparece hoy el proceso chileno y las perspectivas de lucha de los pueblos latinoamericanos, consiste en interpretar sus signos, mejor los tácitos que los obvios.

Por ejemplo, para Lenin, en 1905, resultaba no sólo clara sino obligatoria, la necesidad primordial de un programa esencialmente antimperialista y democrático como arma de combate dentro del contexto de las revoluciones burguesas en el cual se insertaba el proletariado. La meta, por supuesto, era el socialismo, pero el programa subrayaba no lo socialista sino las etapas previas, *sine qua non*, del cambio revolucionario desde el punto de vista del proletariado. ¿Siguiendo siendo válido ese planteamiento para las fuerzas populares y sus vanguardias de países como los de América Latina subdesarrollados, dependientes y, en sucintas palabras, inmersos en el capitalismo del subdesarrollo? En la obligada medida de esta opinión, sólo es posible aventurar algunas reflexiones.

Mucha agua ha corrido bajo el molino del imperialismo mundial desde que Lenin escribió sus tesis. No se quiere decir que lo fundamental de ellas sea erróneo, sino aludir a la exigencia de restaurar la condición de categoría histórica de los fenómenos sociales, sin lo cual aquéllas parecen inanes, sin sustento y actualidad. O sea, ¿el imperialismo en aquellos tiempos había llegado a la fase de ahora, a la integración en su estructura de categorías como la del capitalismo del subdesarrollo, lo que a la par implica cambios en las estrategias de aquél? ¿No es evidente que la estrategia del imperialismo se ha internacionalizado más y más, en gran parte como triunfos de esa estrategia, y la del proletariado se ha “nacionalizado” y que a ello ayudaría un programa antimperialista y democrático mejor que socialista? Al respecto son significativas las experiencias liberadoras de China, Corea y Cuba. En todos esos países —con sus modalidades idiosincráticas— los procesos de la lucha democrática sufrieron un rápido cambio hacia el socialismo ante la más o menos abierta intervención externa. Tanzania, Guinea y Argelia, acaso también el Congo belga, son otros tantos botones de muestra en los que el imperialismo ensaya, mediante el método de éxitos y fracasos, su nueva estrategia. En América Latina, en donde el capitalismo de estado —producto de un histórico proceso colonial dependiente, entre otros factores— es el mejor guante encubridor de la dependencia estructural, el imperialismo logra integrar en el sistema de dominación económico política los aparatos militares. Y ese capitalismo de estado, que en las etapas primeras del imperialismo muchos ilusos consideraron como una vía “lenta” y pacífica del paso al socialismo, convertido hoy en los países dependientes en pilar estructural del subdesarrollo y la dependencia, ¿permite forjar en torno de su sostén y auspicio ilusiones de ruptura revolucionaria con el imperialismo y salida a una etapa superior de la sociedad?

Para comenzar —ni la más extrema temeridad autorizaría a res-

ponder a esas preguntas en líneas sumarias—, sólo como necesidad de periodificación histórica sobre la cual basar un análisis crítico de la dinámica del imperialismo debe recordarse en esta época el foco de la atención puesto en cuestiones como “el reparto territorial del mundo entre las grandes potencias”, o en consideraciones acerca de que la conquista “de todas las tierras no ocupadas [*ha terminado ya*]” para deducir que las grandes potencias hacen únicamente nuevos repartos.¹

Desde hace tiempo no hay qué repartir, ni el objetivo del imperialismo es obtener territorios en el sentido de posesión colonial. Los nuevos repartos son de otro orden. Bajo la apariencia conquistadora de guerras como la de Vietnam, se oculta una nueva síntesis de la estrategia del imperialismo: la fuerza militar en apoyo de y subsumida en la intervención económica. La primera se emplea no para enganchar nuevos territorios, sino para sostener a las burguesías y sus oligarquías nativas y mantenerlas, a ellas sí, y por medio suyo a las masas de los pueblos dependientes, engarfiadas por el imperialismo económico, para lo cual el capitalismo de estado es uno de los medios más punzantes y útiles a la vez. La intervención económica funde en su seno a la militar y cambia la meta de ésta. La ocupación militar se modifica: ejércitos nacionales represivos-dominados incrustados en el ejército imperialista: ejércitos nativos de ocupación. Del modo como la burguesía nativa y el mercado nacional de los países subdesarrollados, son a la vez eso: nativas y nacionales, pero inextricablemente están integrados al imperialismo, así los ejércitos domésticos se insertan al aparato militar del imperialismo estructuralmente: ligámenes económicos tanto como estratégicos, tácticos e ideológicos, con la burguesía interna y la exterior. Nunca como ahora resulta verdad: la guerra es la continuación de la política (la lucha de clases expresada en ésta) en otros planos. Como antes en Corea, Grecia, Guatemala y Bolivia la intervención militar en Vietnam no perseguía ocupar territorios, sino llenar el espacio económico-político. En Indochina no el colonial, dejado por Francia; la última invasión de Santo Domingo, tendió a aplastar la rebeldía de las masas y apoyar a la clase dominante-dominada dominicana, y la de Cuba (Playa Girón), a reconquistar un ámbito económico-político para siempre perdido.

La vietnamización, que de eso hablamos —cuyo completo desarro-

¹ La primera frase entrecomillada es de LENIN; la segunda una cita del geógrafo A. SUPAN, contenida en el mismo libro de aquél: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras escogidas*, tomo I, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1960. (La inversión sintáctica, entre corchetes, de la segunda frase es mía, las cursivas del original).

llo y buen éxito para el imperialismo no se logró en Indochina en virtud de la decidida lucha de un pueblo entero— se convierte así en Latinoamérica en un objetivo perfeccionable y a la vez más fácil de lograr dada la ya añeja estructura del subdesarrollo y la antigua inserción de sus economías —por supuesto, cada una de ellas con sus características propias— en la estructura mundial del sistema capitalista en su etapa monopólica. Desde el punto de vista dialéctico se ha producido un desplazamiento de las zonas de explotación del proletariado hacia el vasto “Tercer Mundo” con la consiguiente concentración del capitalismo extractor de la plusvalía, en pocos países muy adelantados, que desplaza también, y torna más efervescentes las luchas populares de los pueblos subdesarrollados y dependientes. Lo que afina a su vez la estrategia militar del imperialismo. Por una parte, hasta donde sea posible, se evitará intervenir directamente; el proceso de vietnamización, iniciado como producto no de intervenciones militares, sino económicas, políticas o ideológicas, se ocultará bajo los uniformes de los generales y almirantes criollos. Por otro lado, largos años de dependencia han producido una creciente integración de los intereses del ejército como aparato de represión de las burguesías dominadas y los intereses del imperialismo. Y por último, esta delegación del mando directo represivo en el aparato doméstico, libera a la metrópoli de cargas, dispersiones y onerosos gastos de su ejército. O sea el sistema militar se ha internacionalizado también. Las funciones represivas de los ejércitos nacionales —previamente adiestrados e igualados hasta el grado permisible por la dependencia, con métodos y armamentos suministrados desde fuera— se incrustan en un sistema militar internacionalizado por el capitalismo y sobre todo por su fase imperialista. Desde que en ésta los mercados se engarzan en el sistema y se convierten en un verdadero mercado mundial, resulta obvio que, como escribe Alonso Aguilar, a través del complejo funcionamiento del mismo la industria monopolista extranjera se convierte “*en uno de los factores condicionantes de la marcha del mercado interior y, por ende, del desarrollo de esos países subdesarrollados, las relaciones e interrelaciones básicas de su economía serán profundamente alteradas por decisiones ajenas, extrañas y muchas veces contrarias a su política económica interna, que incluso se adoptan fuera de su territorio y aun llegan a imponerse, cuando ello se estima necesario, por la fuerza*”.²

² ALONSO AGUILAR M., “El capitalismo del subdesarrollo: un capitalismo sin capital y sin perspectivas”, PROBLEMAS DEL DESARROLLO, año II, No. 8, julio-septiembre 1971, pp. 17-74.

La aplicación de la fuerza es desigual en tiempo y urgencia en las diversas zonas del llamado “Tercer Mundo”, de donde deriva el equívoco uso de esa expresión para entender el problema de las relaciones de África, Asia y América Latina en bloque. Cada una de esas regiones, y a su vez cada una de las zonas nacionales que las componen, implican para la actividad imperialista un diferente módulo, una táctica distinta, no obstante que la estrategia sea general. Muchos factores determinan esa diferencia de tácticas: los referentes a la índole de los recursos naturales explotables; la situación geográfica como elemento de más eficaz y rápida utilización de tales recursos y a la vez de valor militar para el control (no hay que olvidar que el imperialismo se enfrenta ahora a un vasto espectro de contradicciones con el socialismo) de regiones claves del mundo; el desarrollo del mercado y la disponibilidad de mano de obra barata; el grado de dependencia de las clases dominantes nativas y el de estructuración de éstas con sus estados y gobiernos firmemente dependientes, y otros más.

En América Latina, desde los comienzos de su estructuración en el comercio internacional y por ello de la dependencia de los diferentes países atrasados ante la economía imperial, esos factores junto con la evolución y características históricas de cada uno y el desarrollo del capitalismo avanzado conforman la política económica y aun militar del imperialismo. Incluso un autor como Celso Furtado advierte que “*la inserción de los países latinoamericanos en las nuevas líneas en expansión del comercio internacional realizase a partir de los años cuarenta del siglo pasado*”.³

Del ayer, de los cuarenta del XIX, al hoy de la dependencia, ha transcurrido no sólo mucho tiempo, sino cambios constantes en las modalidades y el desarrollo del capitalismo, de su fase imperialista, y también se ha dado el impetuoso adelanto tecnológico, así como la correlación de fuerzas con el socialismo que tornan más compleja y diversificada la táctica del imperialismo empleada contra cada uno de los países atrasados.

Mientras el Caribe, América Central, Colombia en cierta medida con el caso de Panamá, y México, sufren agresiones militares francamente externas, no se puede decir lo mismo de los otros países mencionados (sin que la fuerza externa deje de estar presente en sus respectivos aparatos de represión). Todavía se hacen más complejas,

³ CELSO FURTADO, *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, Siglo Veintiuno Editores, 2a. edición, México, 1971, p. 50.

y a la vez diferenciadas, las intervenciones militares consustanciales de la dependencia económica, cuando se pasa de las etapas primeras de ésta, a las de capitalismo monopolista definidor de la actual fase del imperialismo. Lo anterior no significa insinuar siquiera que la mera cercanía de zonas como el Caribe, etcétera —su situación axial en una región de entrecruzamiento geográfico—, respecto a la metrópoli hoy hegemónica del imperialismo, sean las únicas, ni siquiera las principales determinantes del empleo de la fuerza militar externa. En la dinámica y evolución histórica juegan otros factores y categorías que se entrelazan (Vietnam, lejos del foco imperialista, produjo intervención militar directa; Cuba muy cerca de aquél, la indirecta a través del ejército profesional primero y del de los mercenarios después; el conflicto del Medio Oriente, ahora mismo, plantea a los Estados Unidos el dilema de seguir armando a Israel o armar a este estado-policía, procedente de un “pueblo clase” [Marx], y acompañarlo al mismo tiempo con las fuerzas norteamericanas).

El imperialismo es algo mucho más complejo que las simples inversiones extranjeras; más que éstas añadidas a la integración y la deformación de los mercados de capitales y mano de obra en la estructura de la dependencia y el subdesarrollo; todavía más que la destrucción de la cultura y las ideologías por la cultura y la ideología imperialistas; e inclusive, por supuesto, más que la integración del global aparato represivo, militar-policíaco. Lo cuantitativo de éstos y otros factores sumados, no revelaría su extraordinaria y complicada urdimbre cualitativa, y menos aún la dinámica tan difícilmente explicable a causa del mutable lugar ocupado por esos factores ya sea en un plano principal, ya en otro secundario. Lo cierto es la solidificación de los nexos de la estructura —incluso los aspectos militares— como cuestiones inherentes no únicamente a la dependencia, sino ante todo al carácter del subdesarrollo.

En los países de América Latina se ha hecho evidente al unísono —sobre todo después del golpe de estado al gobierno popular de Chile— la solidificación en una estructura económica-políticomilitar de la dependencia y de la estrategia del imperialismo correlativa. Desde Brasil donde ya la dictadura militar era desde antes desembozada; Argentina en la cual más que una alianza peronistapopular, se empieza a desnudar una entre Perón (teniente general) y el ejército al que aquél vino a servir de tabla de salvación; Perú, cuya tercera vía con exploradores militares ya se descubre antimarxista; Uruguay y su “autogolpe” castrense, hasta cada uno de los otros estados nacionales, con la sola excepción de Cuba, se advierten ya notorios los cambios de la estrategia imperialista. Cuba, justamente, su triunfante

revolución, no puede descartarse como motor del golpe de estado chileno: los Estados Unidos no esperarían a la consolidación de un gobierno socialista en Chile ni a la ruptura cabal de los lazos económicos de dependencia, proyectada —pero en cierta medida con persistencia de enlaces— por la política de la Unidad Popular.

Esta persistencia de enlaces es aleccionante. Coincide con la conservación de ligámenes del ejército y la armada naval de Chile con la armada y el ejército norteamericanos. Las nacionalizaciones de zonas importantes de la economía eran preocupantes para los Estados Unidos mientras condujeran a construir una sociedad socialista, no cuando fortalecieran un capitalismo de estado (caso del Perú, situación de México en dos formas desiguales) cuyo nacionalismo verbal no riñe y mucho menos antagoniza con el capitalismo, ni con el imperialismo y por eso tampoco, mucho menos, con el subdesarrollo y la dependencia. La junta militar de gorilas chilenos lo ha comprobado con la aquiescencia de Washington: no dará un paso atrás en ciertas nacionalizaciones, pero los mayores beneficios de la explotación de la mano de obra, la plusvalía obtenida en las empresas nacionalizadas, seguirá fluyendo de las manos de la clase dominante-dominada a las del imperialismo norteamericano.

Volviendo entonces, como la víbora maya que se nutre de sí misma, a la estrategia del proletariado preconizada por Lenin en el seno de la democracia burguesa, ¿es hoy posible para América Latina mantener un programa proletario más bien antimperialista y democrático que socialista? Dentro del férreo marco configurado por la dependencia estructural ¿se puede crear lenta y abiertamente, sin romper los grilletes nacionales de las instituciones democráticoburguesas, la situación revolucionaria suficiente para tomar no sólo el gobierno sino el poder para las mayorías? O sea, ¿no ha demostrado la experiencia de Chile, como en el anverso la triunfante de Cuba, e igual lo hace claro la de Vietnam y otros países, que sólo el camino del socialismo, sin la más tenue hebra de nexo con el imperialismo que no sea la dialéctica de la lucha contra él, es la única difícil pero segura ruta de la independencia económica y por ello del desarrollo y la conquista de la autonomía nacional plena?

Preguntas que ni el propósito ni las medidas de estas reflexiones permiten contestar. Pero que develan la necesidad de adaptación de la lucha de los pueblos a los métodos nuevos y los tiempos de ahora del imperialismo; y la de encontrar bajo la apariencia, la esencia de una estrategia del proletariado latinoamericano informada en la respuesta a la del imperialismo. Por lo tanto necesitada de un escudriñar paciente en la estructura económica de la dependencia y el subdesarro-

llo con lentes distintas a las de la ciencia burguesa, rosada y apologética.

En Chile se podrá haber carecido de mucho, menos de decisión revolucionaria. Si alguien dijo con verdad que "la muerte es pesada carga para quien, demasiado conocido por todos, muere desconocido para sí mismo", la sentencia nadie podrá aplicarla a la muerte de Salvador Allende. El casco en la cabeza y la metralleta en las manos, fueron fehacientes de que Allende y su decisión, eran conocidas de todos, pero ante todo por sí mismo y por sus asesinos.